

Manuel Peña Muñoz

# Los Cafés Literarios en Chile



**AE**  
ARCHIVO  
DEL  
ESCRITOR

 **RiL**  
editores





*Café de Flore de Paris,  
lugar de reunión de los existencialistas franceses.*

## I. LOS CAFÉS LITERARIOS EN EUROPA

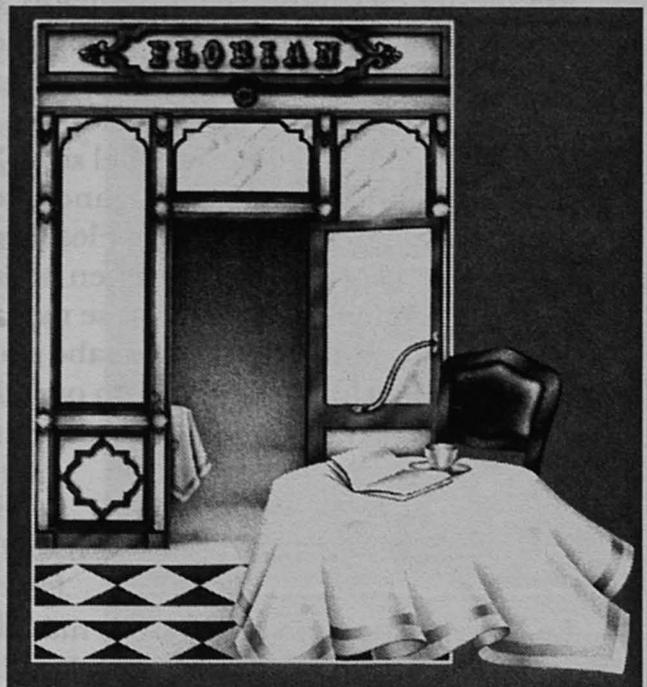
El ser humano se define por su capacidad para la vida social. Desde siempre ha necesitado espacios para relacionarse y conocerse. Para departir y compartir ha tenido la fogata, la tertulia, el salón. La cultura occidental ha impuesto el café como lugar de citas y encuentros para la vida amorosa y literaria, desde el mítico Café Florian de Venecia donde escribió cartas Madame de Sevigné hasta los suntuosos de París donde se dieron cita narradores, filósofos y poetas.

En Francia, ya en el siglo XVII existían estos lugares cargados de atmósfera, cuando el café llegó de Oriente, de Etiopía, de un lugar llamado Kaffa, que le dio en el siglo IX el nombre a esta exquisita bebida.

El origen del café se remonta a ese tiempo, cuando un pastor del norte de África se encontraba pastando sus ovejas y de pronto advirtió que el rebaño estaba considerablemente excitado cada vez que regresaba de ciertas planicies. Observó el comportamiento de sus cabras y ovejas, y descubrió que ese cambio de conducta se producía cada vez que comían los frutos de una planta que crecía en aquellos parajes. Fue así que nació el café, cuando los pastores comprobaron que aquellas semillas daban energía, quitaban el sueño y eran un considerable estimulante.

El café se extendió por todo el mundo árabe, abriéndose la primera cafetería en 1554 en Turquía, concebida ya en ese entonces como un sitio íntimo para conversar de temas literarios, artísticos, humanos y políticos. La tradición se arraigó en todo el país

*Una mesita con una  
taza de café  
y un buen libro para  
leer en el mítico  
Florian de Venecia.*



con hermosos lugares para tomar el “café turco” sobre grandes bandejas de cobre labrado.

En Estambul se conserva intacto el Café del Pera Palace Hotel, con su precioso mobiliario de ratán, sus baldosas blancas y negras simulando un gigantesco ajedrez y sus ventiladores de aspas, en donde Agatha Christie escribió *Asesinato en el Orient Express*.

## El ambiente de los Cafés europeos

Visitar hoy los grandes cafés de Europa es conocer los escenarios donde tuvieron lugar encuentros notables entre artistas e intelectuales. Bajo lámparas de globos de vidrio, reflejados en enormes espejos biselados, hombres de barba larga, empedernidos fumadores de pipa, conversaron a media voz, escribieron apuntes o dibujaron bocetos sobre mesitas de cubierta de mármol o discutieron, hojas en mano, una escena teatral o un simple poema.

Aquí –no en los escritorios ni en las bibliotecas– se tejieron las grandes tramas del teatro romántico europeo. Hombres anodinos, rostros que nadie conocía, acaso confundidos con otros rostros de mayor tono social, soñaban o imaginaban temas y argumentos para un cuento o una novela. Eran los grandes artistas del Romanticismo que acudían a tal o cual mesa, siempre la misma, pidiendo una taza de café o un jarro de cerveza. Allí estaban escribiendo tardes enteras, teniendo frente a sus ojos el gran teatro social.

Esa señora de sombrero emplumado, ese caballero que se atusa el bigote o esa pareja de enamorados que conversa en medio del tintineo de las cucharillas del café, pudieron servir muy bien de figura de inspiración para un drama o una comedia...

Por eso, aquellos viejos Cafés del siglo XIX, conservan en Europa todo su esplendor y su clase. Algunos, con los asientos de cuero desportillado, con desvaídos terciopelos o con la discreta penumbra de las lámparas de pergamino, tienen todavía algo para recordar. Otros, cuidadosamente restaurados, se mantienen con una dignidad orgullosa porque ya toda la ciudad sabe quiénes se han sentado en sus mesitas y qué es lo que han escrito oyendo los vales de la orquesta o el chirriar arrítmico de una puerta giratoria.

## Los primeros Cafés en Francia

Le Procope fue uno de los cafés más famosos de París y uno de los primeros en el mundo occidental. Fundado en 1675 este históri-



co café vio pasar a Molière, Perrault, Voltaire, Rousseau y Diderot, entre muchos otros. Más tarde, en la época romántica, pasarían por allí Victor Hugo, Teófilo Gautier, Alejandro Dumas, Georges Sand, Frédéric Chopin y Paul Verlaine.

El mágico Café de la Paix es característico del París del Barón Haussmann con sus cristalerías abiertas al Teatro de la Ópera.

Por allí han deambulado artistas y escritores notables. Allí mismo, en el Boulevard de los Italianos, hay también otros hermosos y vetustos cafés donde se ha desarrollado la vida intelectual y bohemia del viejo París, entre ellos el Café de la Ville, luego Le Napolitaine, donde bebieron café Monet, Toulouse Lautrec y Sarah Bernhardt.

Otro café emblemático de París ha sido el Café Riche frecuentado por Flaubert, los hermanos Goncourt, Guy de Maupassant y el músico Offenbach, el autor de la "Alegría Parisien". En este ambiente apto para la convivencia y la camaradería, Charles Baudelaire miraba pasar a los transeúntes desde la terraza de un café en tanto que Cocteau dibujaba más tarde sobre los manteles de una mesita al aire libre, mientras discurría sobre su próximo libro.

La Coupole ha sido también un café mítico junto al Café Flore y al Café Les Deux Magots, situados ambos en el acogedor ambiente del Boulevard Saint Germain.



A partir de los años 20, el movimiento surrealista encabezado por André Breton se desarrolla en París en los cafés, principalmente en el Café de la Place Blanche o en el Café de la Côte d'Or, más cerca del Sena. Por aquí pasaron en el siglo XX, Jean Paul Sartre, Ernest Hemingway, Albert Camus y Pablo Picasso y tantos otros que hicieron de estos cafés verdaderas instituciones literarias para el intercambio de ideas.

Hoy día en Francia ha habido una vuelta al café literario, quizás en un deseo de recuperar esa necesidad de conversar que posee el ser humano, especialmente en una época en que las personas están menos relacionadas humanamente. Es por eso que en París han aparecido los cafés filosóficos para reunirse a conversar de temas profundos que atañen al hombre.

Es que desde muy antiguo los cafés han tenido parte importante en la vida literaria y se han constituido como puntos claves para afianzar escuelas, estilos y movimientos artísticos.

## Los Cafés Literarios en Italia

Italia también ha tenido cafés maravillosos. El Antiguo Café Greco de Roma permanece incólume en la calle Condotti desde el siglo XVIII. Goethe lo frecuentó en sus viajes por Italia y lo recomendó siempre a los poetas germanos amantes del arte latino. Por el Café Greco pasaron escultores, pintores, literatos y políticos a lo largo de tres siglos de la historia de Roma. Monarcas como Ludwig I de

Baviera hicieron del Café Greco un lugar de recreo cultural en su paso por la vieja ciudad. Igualmente fue frecuentado por poetas como Charles Baudelaire; pintores como Corot y Vernet; músicos como Rossini, Berlioz, Bizet, Liszt, Wagner o Mendelssohn.

En la Plaza de San Marcos de Venecia hay unos bellísimos con espejos dorados y cornucopias barrocas como el Café Quadri por donde pasaron Marcel Proust y Gustave Mahler. Allí está también el



*El Café Florian de Venecia.*



*El Café Greco de Roma pintado por Ludwig Passini.*

viejo Café Florian con sus viejos toldos de franjas verdes y rojas. Sobre el estrado, los músicos interpretan selecciones de melodías famosas, trozos orquestales, operetas de Franz Lehar... Una dama bebe una taza de café mientras escucha la música y pasea su vista por el reloj astral, la antigua campana milenaria y el león alado sobre fondo de estrellas.

Son hermosas las fachadas y la gradación cromática de torres, cúpulas y portales. Aquí, en este Café legendario se dieron cita los escritores románticos para evocar a Giacomo Casanova, ese mítico personaje que, cuando se escapó de la famosa prisión Piombi de Venecia, acudió por última vez al Florian a tomarse su última taza de café antes de huir de la ciudad.

El Café fue inaugurado en 1720 con el nombre de “Venezia Trionfante” y desde entonces ha sido punto de reunión de poetas y enamorados, que desde siempre se han citado en el Florian, llamado así en recuerdo del primer propietario que fue Floriano Francesconi.

Muy dieciochesco, con espejos y molduras al pan de oro, el Café fue escenario de personajes elegantes, tanto en su interior lujosamente decorado, como en las terrazas con mesitas de mármol sanguíneo traído de Carrara.

Madame de Staël solía escribir aquí sus cartas, en tanto que el pintor Francesco Guardi trazaba aquí sus bocetos para sus pinturas en aquel tiempo en que los cafés eran la atmósfera cultural necesaria para hilvanar ideas y compartirlas entre los iguales.

¿Y qué decir de Marcel Proust? El Café Florian fue su entrañable refugio en aquel mundo finisecular. Aquella intimidad entre humos de cigarro y pipa lo favorecía con la inspiración. Era una manera artística de vivir, cuando la musa acudía –no a la penumbra de la habitación empapelada– sino al bullicio del café que era como un laboratorio de la creación.

Lord Byron escribió en este café y también Henry James que tomaba aquí helados de menta... Sentado en una de las mesitas, escuchando tocar selecciones de operetas famosas, Thomas Mann escribió páginas de *Muerte en Venecia*.

Allí se reflejan, en el azogue de un espejo empañado, los rostros de los queridos fantasmas literarios que estuvieron aquí más de alguna vez: Chateaubriand, Charles Dickens, Hermann Melville, Richard Wagner, Alfred de Musset, Igor Stravinski... Gustave Mahler... y por supuesto, en los últimos años, el director de cine Luchino Visconti junto a sus actores favoritos: Dick Bogarde... Silvana Mangano...



*Tradicional publicidad del Caffé Espresso italiano de V. Ceccauti, hacia fines del siglo XIX.*

## Los Cafés Literarios en España

España ha tenido también sus cafés que han pasado a formar parte de la cultura hispánica. En el café español se bebe, se conversa, se escriben cartas, se juega dominó, se leen libros, se habla de películas, de música, de teatro y de literatura. Se está sentado hasta muy tarde con los amigos, bebiendo una copa de cognac "Napoleón", hablando y fumando. El café español es el lugar de las confidencias, el sitio ideal para pasar una tarde. Es casi una segunda casa o un segundo trabajo.

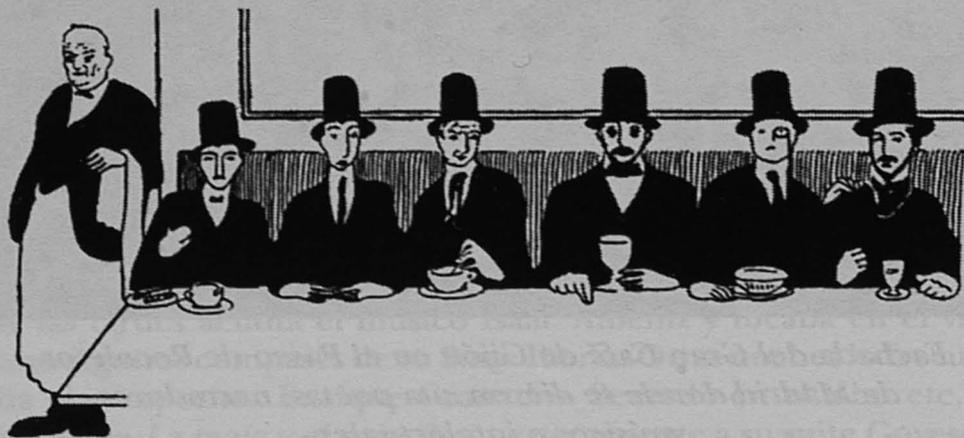
El café está tan incorporado a la cultura hispánica que el escritor Ramón y Cajal llegó a decir que donde se sentía verdaderamente español era en un café.

La vida hispana transcurre apacible en estos lugares cargados de atmósfera. Y ello porque el español tiene tiempo para sentarse en las terrazas a ver pasar la gente o a estar adentro conversando de toros, libros, teatro y política.

Tan entreverado está el café con la vida diaria española que el escritor español Camilo José Cela, Premio Nobel de Literatura, escribe precisamente su novela *La colmena*, en la que capta un trozo de la vida de España con la sola descripción de los personajes que pululan en un café.

En el siglo XIX existió el Café del Vapor, uno de los más antiguos, donde el compositor Federico Chueca interpretaba al piano pasacalles, polcas, habaneras y cuplés, convirtiéndose en un personaje muy popular de ese tiempo.

Al viejo café romántico acuden a escucharlo, como motivo de inspiración para sainetes, el escritor Ricardo de la Vega, autor de la zarzuela "La Verbena de la Paloma" y los músicos Joaquín Valverde



y Francisco Asenjo Barbieri. Era la época de los organillos, de los cafés, del Anís de Chinchón y de las pianolas.

Al Café Suizo acudía Gustavo Adolfo Bécquer a escribir rimas mientras tomaba un chocolate con churros. Al Café Iberia iba Benito Pérez Galdós, en tanto que al Café de Madrid de la Puerta del Sol madrileña acudían asiduamente Pío Baroja, Ramiro de Maeztu y Azorín, manteniendo una tertulia permanente para charlas de poesía, filosofía, teatro y libros.

Otro café importante en Madrid fue el Nuevo Café de Levante de la calle del Arenal donde iban a la tertulia Valle Inclán, los pintores Zuloaga, Solana, Julio Romero de Torres, los hermanos Antonio y Manuel Machado, Pío Baroja, Amado Nervo, Rubén Darío y la chilena Teresa Wilms Montt, inspiratriz de Valle Inclán y modelo de Julio Romero de Torres (su única modelo rubia).

Frente a la Cibeles madrileña existía la tertulia de la Cervecería Lyon de Correos frecuentada por Antonio Espina, Arturo Soria y José Bergamín, entre otros. Famosa fue también la Tertulia de la Revista de Occidente regida por Ortega y Gasset y la del Pombo dirigida bajo la tutela de Ramón Gómez de la Serna.

Un café literario representativo ha sido el Gijón de Madrid, considerado como uno de los más célebres puntos de reunión de intelectuales y dramaturgos en el siglo XIX y XX.



*Fachada del Gran Café de Gijón en el Paseo de Recoletos de Madrid donde se dieron cita poetas, narradores, músicos e intelectuales.*



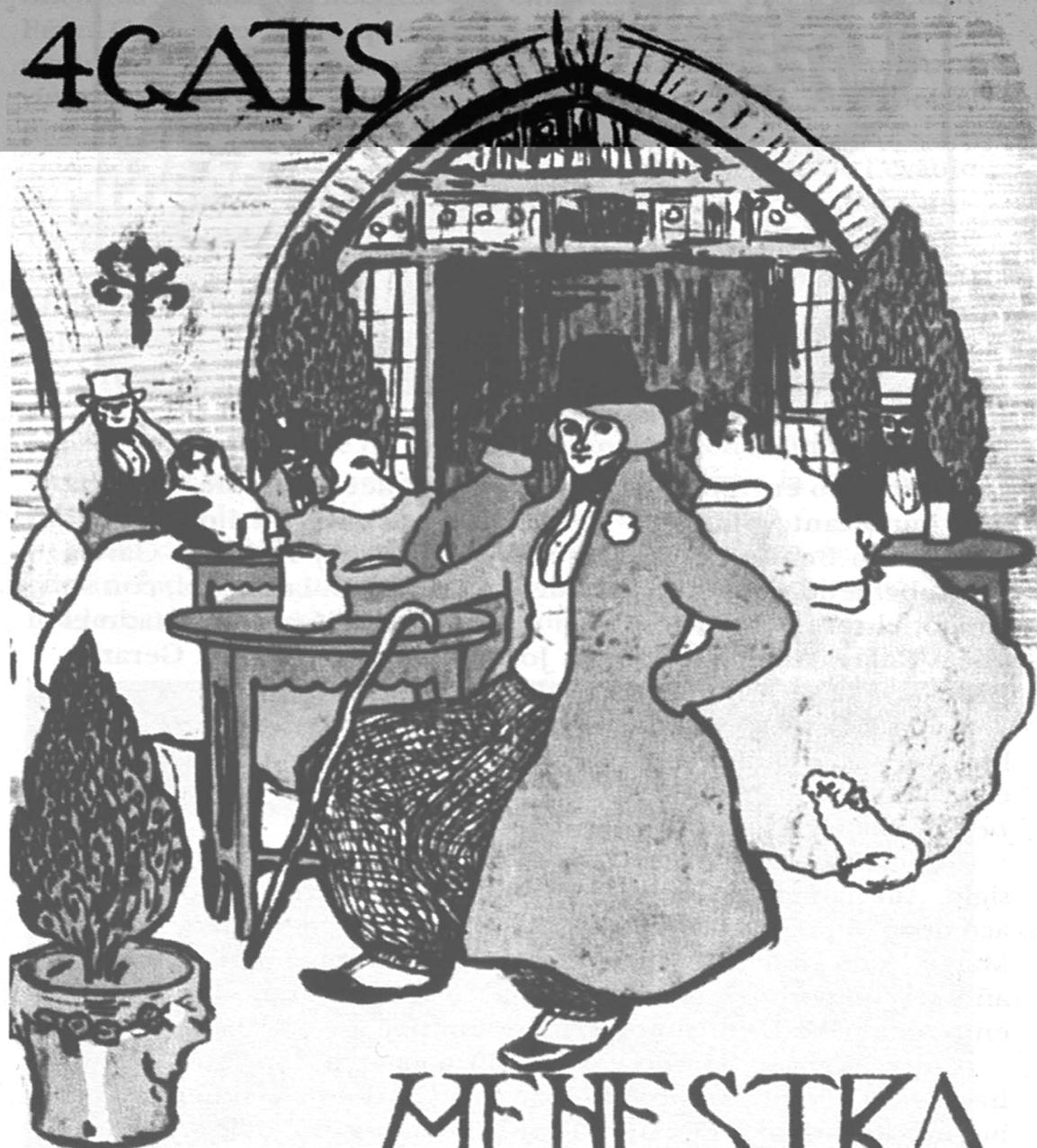
Fundado en 1888 en el Paseo de Recoletos, el Café Gijón ha sido importante punto de reunión de poetas y escritores. Aquí han estado Benito Pérez Galdós, Valle Inclán y Federico García Lorca bebiendo una horchata de chufas fría en la terraza, con su amigo, el torero Ignacio Sánchez Mejías. También han estado el poeta Rafael Alberti, el pintor José Caballero, el poeta Gerardo Diego y el dramaturgo Enrique Jarciel Poncela.

Aquí surgieron destacadas revistas de poesía, se hizo crítica literaria y se discutió de política. Se cuenta incluso que en el Gijón estuvo un día de incógnito Mata Hari bebiendo un *Peepermint fra-pée* y fumando cigarrillos egipcios...

Muchos artistas han frecuentado el Gijón a través de más de un siglo. Allí han estado Ava Gardner, Marilyn Monroe, Orson Welles acompañado por su amigo Joseph Cotten, George Sanders, Gabriel Marcel, Jean Paul Sartre, Salvador Dalí, Luis Buñuel y en los últimos años, el compositor Waldo de los Ríos y el escritor Francisco Umbral, entre una pléyade de pintores, músicos y poetas.

Barcelona ha tenido cafés bellísimos y conservados intactos hasta el día de hoy como Els Quatre Gats a donde acudieron a beber un café la actriz Eleonora Duse junto a su cortejo de admiradores; los hermanos Álvarez Quintero, el escritor Eugenio d'Ors, el poeta Rubén Darío, el tenor Henri Angel y el pintor Pablo Picasso. Por las tardes acudía el músico Isaac Albéniz y tocaba en el viejo piano algunos compases de su Suite Iberia. Otras noches lo frecuentaba el compositor Enrique Granados. Sentado en el taburete, interpretaba *La maja y el ruiseñor*, perteneciente a su suite Goyescas.

# 4CATS



# MENESTRA

*Menú de 'Els 4 Gats' de Barcelona,  
dibujado por Pablo Picasso (1881-1973).*

Gran encanto del pasado tienen los cafés de las ramblas barcelonesas: el Café de las Siete Puertas y el Café de la Ópera frecuentados por el público asiduo al Liceo Catalán donde han cantado los grandes líricos.

Todos estos cafés han sido elegantes y suntuosos con la huella pretérita del Modernismo Catalán.

En Salamanca destaca el Café Novelty en la Plaza Mayor donde acudían Miguel de Unamuno y otros intelectuales, escritores y artistas. Este café se conserva intacto hasta el día de hoy con la huella del tiempo pasado.

Los cafés españoles dieron la pauta para que, al otro lado del océano, se crearan también los salones de té, bares, cafés y cantinas para practicar el arte de la conversación, leer el diario o escribir cartas, con toda tranquilidad al amparo de la tarde y aun de la noche...

## Los Cafés Literarios en Escandinavia

Una de las características de los cafés de prestigio en Escandinavia es que se encuentran junto a los grandes hoteles. Los cafés de clase son los cafés de los hoteles de clase. En Oslo, el Hotel Bristol, de cierta elegancia refinada, tiene un salón de té con gran empaque.

Frente al Teatro, se encuentra el Café del Hotel Continental. Es el Theatre Café al cual se ingresa solamente si se tiene una mesa reservada con suficiente anticipación. Es el lugar de reunión de la gente de teatro de Noruega. En las paredes, tapizadas de retratos autografiados, se reconocen las grandes figuras del drama escandinavo... y del cine. Aquel... ¿no es el retrato firmado de Greta Garbo? Y aquella mujer, sencillamente elegante, sin maquillaje alguno, vestida de negro que conversa con un hombre de traje oscuro y gafas doradas... ¿no es Liv Ullman, la actriz oriunda de Bergen que trabaja con Ingmar Bergman?

Antes, cincuenta años atrás, los artistas de Oslo se daban cita en el Restaurant Blom, donde cada figura destacada tenía su propio escudo. Este fue en los años 30 y aún después de la Guerra, el lugar de reunión, el sitio de vanguardia, de los contratos descabellados y de las intrigas amorosas, editoriales y artísticas.

Pero es el Grand Café de Oslo el verdaderamente tradicional, el gran café de prestigio en la ciudad... el más antiguo también, con la fachada impecable como en los viejos tiempos de los tranvías y de



los carruajes de los que descendían, envueltos en pieles, los pasajeros del Grand Hotel.

¿Entremos?

La amabilidad nórdica nos acoge en la forma de dos porteros impecablemente vestidos de azul que nos reciben los abrigos al otro lado de la puerta giratoria. A mano derecha, está el *lobby* del hotel. A mano izquierda, la puerta de entrada al Grand Café.

Bullicio de copas y tazas de té. Camareros discretos que avanzan sigilosos sobre las mullidas alfombras.

Allí hay una mesa desocupada, junto a la ventana, lugar ideal para ver pasar los transeúntes de la *Carl Johans Gate*, enfundados en sus abrigos de castor jaspeados de nieve y para apreciar el movimiento sutil del interior, el ir y venir de los clientes y los gestos cansados, impertérritos, de los músicos que ahora atacan los compases de una opereta vienesa.

La carta, cuidadosamente impresa en cartulina de lujo, ofrece una lista de buenos vinos, aperitivos, carnes, postres y pescados del Mar Báltico. La especialidad es el buen salmón... y el caviar rosado.

Aquí hay un plato sugestivo: *Ibsen lille drom*. Es un plato frío, tradicional de Noruega, que Henrik Ibsen solía tomar en esta mesa. A base de pescado ahumado, arenque en escabeche, pepinillos, huevo duro, salsa holandesa y un trébol de perejil, no sabe mal este plato acompañado de un vaso de vino rosé. Ibsen lo prefería con cerveza. Acababa de dejar su sombrero hongo y su bastón en el perchero de pie del vestíbulo para sentarse aquí a escri-

bir su *Hedda Gabler* o para imaginar parlamentos y la actitud desenfadada y sorprendentemente revolucionaria de la Nora de *Casa de muñecas*. A tal punto fue el escándalo de su obra teatral que en las tarjetas de invitación a las cenas de gala, se escribía debajo, en letra cursiva: *Se prohíbe hablar de Nora*.

En ese entonces, Oslo no se llamaba así, sino Cristianía. Es el año 1867, la fecha del estreno de *Peer Gynt*. Es el triunfo del realismo en la escena escandinava. Luego vendrá *Espectros* en 1881, después de una serie de estrenos espectaculares en los que se ponía en solfa la hipocresía social de la burguesía noruega.

Aquí, a este mismo café vino también un contemporáneo de Ibsen: Bjørnstjerne Bjørnson (1832-1910) que tuvo una destacada participación en el teatro naturalista de su tiempo, exaltador del individualismo y de las fuerzas del yo. En estas mismas mesas de mármol sanguíneo escribió algunos poemas y páginas de inspiración cristiana que luego, puliéndolas, publicó bajo la forma de cuentos y novelas. Aquí también compuso la letra del himno nacional que todavía hoy se canta en Noruega...

¿No estuvo también aquí Knut Hamsun? El autor de *Bendición de la Tierra* fue un apasionado naturalista que supo describir el ambiente de las calles frías de la capital de Noruega y la vida interior atormentada de sus habitantes. "El pobre inteligente es un observador mucho más fino que el rico inteligente" escribió una tarde cualquiera sentado en la penumbra de este viejo café.



Pero lo más hermoso, lo más importante de este Café son los grandes murales pintados en 1932 por Per Krogh. Nacido en 1889, Per Krogh, famoso por sus frescos de grandes dimensiones que pinta en el Hospital de Oslo, en la Biblioteca de la Universidad, en la Gran Sala del Nuevo Campus Universitario y en el Teatro de Oslo, es contratado para que pinte las paredes con motivos alusivos a la historia del Café... a través de la cual, se puede ver claramente la historia de Oslo.



*Ambiente del Grand Café de Oslo a fines del siglo XIX con las principales figuras del mundo intelectual y artístico de la época. Fresco pintado en los muros del café por Per Krogh en 1932 y reproducido en el menú. Colección de autor.*

Per Krogh sabe que por esas mesas han pasado todos los grandes personajes de la política, del periodismo y del arte de Noruega. Y que bebiendo una copa de cognac se han trazado también los destinos de la ciudad. Entonces, los pinta a todos, uno por uno... y simultáneamente, imaginando un día cualquiera en el que todas las grandes figuras se han dado cita. Allí, en el centro, elegantísima, con mangas abullonadas y guantes de encaje pinta... ¡cómo no!... a su madre, la distinguida Oda Krogh, pintora naturalista, mujer muy particular, de carácter fuerte y dominante, que causó escándalo en Cristianía al divorciarse de su primer marido para casarse con el gran bohemio del grupo "Los Bo-

hemios de Cristianía”. Especie de lo que fue Berthe Morisot para los impresionistas franceses, esta Oda Krogh (1860-1935) fue la gran musa, la retratista inspiradora, la madre genial que inyectó espíritu y vitalidad a una serie de artistas de la época.

Ahí está sentado también, con rostro adusto, su marido... su primer marido: Christian Krogh –padre del pintor– con un vaso en la mesa... es un vaso muy fino que la dirección del Café le ha obsequiado para que use él solo, cada vez que vaya, exclusivamente...

Luego figuran otros personajes importantes: Fritz Thaulow; Hans Jaeger, “el bohemio incorregible de Oslo”; Sigbjørn Obstfelder... Bjørnstjerne Bjørnson, por supuesto... y Henrik Ibsen, claro, en la mejor época del café, alrededor de 1890, entrando a mano izquierda, con su sombrero característico, sus gafas y su barba blanca, dispuesto a sentarse en la mesa fija que tuvo en el Café durante treinta años...

Unas damas elegantes salen con sus sombrillas. Es un día agradable de primavera. Por las ventanas recubiertas de pesados cortinajes se divisa la calle con sus carruajes. Adentro, los caballeros se hunden en los sillones de felpa y piden vasos de agua. Otros bostezan o leen el periódico.

A mano derecha, hay un joven tímido cerca de la ventana. Hacia este lado se sitúa la gente joven. Es Eduard Munch, el gran pintor vanguardista –de corte expresionista– que se hará famoso con el desgarrador cuadro “El grito” y con los murales que pinta en importantes edificios de Oslo, entre ellos, la Sala de la Universidad en donde se entrega el Premio Nobel de la Paz...



Nada ha cambiado desde entonces en el viejo Café. Las mismas lámparas... pareciera que los mismos camareros y el mismo papel mural recargado con dibujos florales de color burdeos.

Ya se hace de noche. Es preciso abandonar el Café, salir a la calle iluminada por el resplandor blanco de la nieve y tomar el pequeño tren de madera que asciende por la montaña en medio de pinos y abetos, al territorio de los *trolls*, de los seres minúsculos e invisibles escondidos en el bosque, al mundo romántico que cantó Eduard Grieg, al viejo hotel de Soria Moria desde donde es posible ver los fiordos a lo lejos, las sombras crepusculares y el parpadeo débil, lejano, de las luces de un viejo café perdido en las calles de la ciudad.

### Otros Cafés en Europa

En Suiza hay varios cafés literarios notables. El Café Odeon de Zurich fue refugio de Bertolt Brecht en los aciagos días de la Segunda Guerra Mundial. En este legendario Café escribió sus mejores obras y trabajó con los modernos teatristas en tanto que en las mesitas de cubierta de mármol del Café Voltaire de Zurich, James Joyce concibió y escribió páginas de su colosal novela *Ulises*.



*Un café austríaco en Viena, para leer el diario, reflexionar y dejar pasar la mañana, sin prisa.*

¡Los viejos cafés de Europa con sus puertas giratorias y sus mesitas de mármol sanguíneo para leer el diario y escribir cartas! Famosos son los de Viena, inmensos como catedrales, llenos de espejos empañados, sillas lógicamente de Viena... y terciopelos gastados por la pátina del tiempo. Café Herrenhoff... Café Hawelka... con sus exquisitas tortas Sacher... Café Dommayer donde Johannes Strauss tocaba valsés...

Cafés de Alemania, en uno de los cuales, Johann Sebastian Bach compone en 1732 la Cantata del Café... Porque como Vivaldi y Beethoven, Bach era adicto a esta milagrosa bebida estimulante para la creación artística a la que le dedica hermosos compases...

Cafés de Berlín, de Munich, de Colonia... perfumados a pan negro y pastelería fina, llenos de espejos y palmas.

Praga tiene sus cafés románticos y envejecidos por la pátina del tiempo en donde Kafka jugaba a las cartas.

Al Café Arco viene a veces en la antigua Pflaster Gasse en donde los artistas judeo-alemanes se reúnen. ¡Qué agradable la atmósfera intelectual del café! La humareda de los cigarrillos ejerce también un efecto sobre el viejo Café Savoy en la esquina de Kozí con Vezenská en donde Kafka viene a ver fascinado en 1910 la compañía judía de teatro de Lemberg. Es aquí en el ambiente de los cafés con música eslava de violín y piano, donde se gestan sus obras y donde acude a conversar de arte y libros con su amigo Max Brod, que más tarde —y pese a la súplica de Kafka, antes de morir, de quemar sus escri-

*Autorretrato de  
Franz Kafka,  
atormentado  
en un Café de Praga,  
frente a una  
copa de vino.*



tos— publicará toda su obra en bien de la literatura.

¿Y qué decir de la entrañable Lisboa? La mítica, fascinante y poética ciudad tiene el célebre Café A'Brasileira donde acudía Fernando Pessoa a escribir sus versos teñidos de *saudades*. Hoy, una estatua en el café lo inmortaliza, precisamente sentado en una de las mesas de la terraza, con cubierta de mármol, bebiendo una taza de café con un libro en la mano.

El interior de A'Brasileira es hermoso también con su estilo inconfundible. Tiene un largo mesón

de madera con una barra de bronce para apoyar los pies y grandes ventiladores de hélice. Allí han pasado poetas y soñadores que han impregnado las paredes de ilusiones y humo fuerte de tabaco.

El encanto de la vieja Lisboa se infiltra en el alma cuando escuchamos un fado de Amalia Rodríguez y dejamos correr las horas en el Café Martinho da Arcada, el más antiguo de la ciudad, fundado en 1782... Otro café lusitano entrañable es el Café Chiado, también frecuentado por Fernando Pessoa.

En Oporto está el Café Majestic, con profusión de espejos de luna azogada, ángeles dorados, lámparas de pergamino y cómodos sillones con respaldos tallados: un entrañable refugio para soñar, leer y escribir cartas a los nostálgicos y soñadores del papel escrito.

En la actualidad, viajar a Europa y no conocer sus cafés es no haber estado en el viejo continente. Sus cafés son parte de su cultura literaria y de su tradición. En ellos se ha escrito y conversado. Se ha departido y se ha soñado. Se han dado cita poetas y enamorados. Pertenecen a la cultura occidental, proyectando también sus características al otro lado del océano.



*Fernando Pessoa.*

*Dibujo de Julio Pomar, Lisboa.*



*Café para dos... en una terraza de París: lugar mágico para conversar, dejar fluir las confidencias y leer "Le Monde".*



*El legendario Tortoni, de Buenos Aires, en la Avenida de Mayo, fundado en 1858, es el Café Literario más emblemático de América Latina. Por sus salones han pasado Federico García Lorca, Luigi Pirandello, Alejandro Casona, Jorge Luis Borges, Alfonsina Storni, Berta Singerman, Manuel Mujica Láinez y tantos otros.*

## II. LOS CAFÉS LITERARIOS DE AMÉRICA LATINA

Nuestro continente heredó la tradición europea y especialmente española de los cafés para conversar y leer, sin que el mozo nos interrumpa. De hecho, una de las primeras manifestaciones culturales que llega de España a América, es la fonda y posteriormente el café.

La planta misma prospera en las Antillas, en la isla Martinica. Luego pasa a Centroamérica donde se explotan los grandes cafetales de Costa Rica. Luego, el café se expande a todo el continente, abriéndose, como en Europa, las cafeterías para departir y conversar en torno a una taza de café. Es entonces, cuando los intelectuales y poetas latinoamericanos advierten el efecto estimulante de la maravillosa bebida y el poder benéfico que ejerce sobre la comunicación y la creación literaria.

En torno a una taza de café se gestan ideas, revistas poéticas y ediciones de libros. El café va actuando como un poderoso acicate de la imaginación. Es el estímulo del artista y un verdadero afrodisíaco de la actividad poética.

Los cafés literarios prosperan en nuestro continente, como en toda Europa. El escritor acude allí a ver a sus iguales. Y cuando regresa a su hogar, sigue escribiendo junto a la mágica bebida que perfuma el ambiente y da el clima propicio de la creatividad.

Porque en el escritorio de un autor o de una autora, siempre hay junto al cigarrillo, una humeante taza de café...

### Los Cafés Literarios en México

En el siglo XIX se fundan los principales cafés de la capital azteca, siendo el Café de la Ópera el de mayor estilo y raigambre literaria en la Ciudad de México. Este Café está situado en la Calle 5 de Mayo, muy cerca del Palacio de Bellas Artes, por lo que es siempre frecuentado por artistas, cantantes, tenores y barítonos.

Su interior es magnífico con hermosos artesonados de yeso dorado y grandes revestimientos de maderas de Chiapas. Tiene una barra de mostrador con estribo para poner los pies y estar allí con un tequila o un café departiendo con los contertulios.

Aquí estuvo el propio Pancho Villa. Así lo atestiguan los actuales mozos enseñando con orgullo el agujero en el techo que dejó una bala disparada por una de sus legendarias pistolas. Por aquí pasaron diversos presidentes de México, entre ellos Miguel Alemán,

Adolfo López Mateos, Porfirio Díaz y su esposa Carmen Rubio. También actores, como Johnny Weismüller, protagonista del mítico Tarzán.

Tanta atmósfera respira este café lleno de lámparas, columnas y espejos, que ha sido utilizado como marco ideal para diversas películas, entre ellas “Los de Abajo”, inspirada en la novela de Mariano Azuela. Asimismo el fotógrafo Remington realizó una serie de fotografías artísticas tomadas en el Café.

Una de las características más sobresalientes del Café de la Ópera es que no transmite partidos de fútbol por televisión como ocurre en los cafés al uso. “Se perdería la magia”, dicen sus actuales dueños. “Los transmitimos sí, pero por radio. Es otra cosa”...

Otro café interesante de Ciudad de México es el Café Tacuba, situado desde 1912 en una casona colonial del siglo XVII. Por su cercanía al parque donde tradicionalmente se celebra la Feria del Libro, el Café Tacuba ha sido lugar de reunión y convergencia de escritores, filósofos y poetas.

También merece citarse el Café de la Casa de Azulejos, quizás el más emblemático de Ciudad de México por la belleza de su arquitectura y entorno junto al Callejón de la Condesa.

Situado en el antiguo edificio que ocupaban como palacete los Condes del Valle de Orizaba, este Café se destaca por sus hermosos balcones y su decoración en azulejos de tonos azules. Su interior es igualmente asombroso, con un mural titulado “Omnisciencia” representativo de la escuela mexicana, lleno de alegorías en tonos tostados y bermellón, perteneciente al muralista José Clemente Orozco.

Por el Palacio Azul, como también se denomina este bello café azteca, han pasado numerosos escritores, poetas, los duques de Windsor y el Presidente Nixon, entre muchas otras personalidades que han pedido un buen café y lo han acompañado con tostadas melba espolvoreadas con canela...

Durante los años posteriores a la Guerra Civil Española surgieron también en Ciudad de México muchos Cafés para discutir en torno a la vida política de México y España. Fundados por los republicanos exiliados, estos Cafés reunieron a los escritores y poetas tanto mexicanos como españoles que estaban informados de lo que estaba ocurriendo en la España de Franco. Entre los asiduos tertulianos de los Cafés aztecas, estaban el cineasta Luis Buñuel, el poeta Luis Felipe y los escritores mexicanos Juan Rulfo y Carlos Fuentes.

Otros cafés mexicanos de sabor literario han sido el Café del Sur, Veroly, Casa Medina y Café Próspero. En el puerto de Veracruz

se destaca La Parroquia que se caracteriza porque sus contertulios piden repetición del café haciendo tintinear graciosamente la cucharilla en el vaso.

## Los Cafés Centroamericanos

En Centroamérica se cultiva el buen café, principalmente en Costa Rica. Muchos autores de este país escribieron novelas y cuentos ambientados en los cafetales, principalmente con una intención social, entre ellos Carmen Lyra, Joaquín Gutiérrez y Carlos Luis Fallas.

En 1928 se funda en la capital, San José, el Café La Perla que pervive hasta nuestros días y que ha congregado en su interior a numerosos escritores y teatristas. También tiene prestigio literario el Café del Teatro Nacional que sorprende al visitante por su decoración de líneas barrocas con hermosos frescos ambientados en los cafetales y plantaciones de bananas.

Un Café de tradición literaria es el del Hotel Costa Rica, en plena plaza, con una gran terraza bajo los árboles, donde es posible degustar un buen café de grano, al compás de las marimbas, mientras se observa el movimiento callejero de San José y se palpa el pulso de la ciudad.



*"Campesinas en la cosecha del café", mural del pintor milanés Alerdo Vila, pintado en 1897, en el interior del Teatro Nacional de Costa Rica. Colección del autor.*

En Guatemala destaca el Café Barroco de la Calle de la Concepción en la vetusta Ciudad de Antigua donde se ambientan las páginas finales de la novela *Antigua vida mía* de la escritora chilena Marcela Serrano. Otro café de carácter literario en esta hermosa ciudad es el Café de la Condesa de estilo colonial, bajo la frondosidad de grandes árboles.

En Nicaragua, patria de Rubén Darío, se destaca La Casa del Café en Managua, la capital. Es un antiguo caserón restaurado en cuyo segundo piso es posible degustar una taza de café observando la maravillosa vegetación de plantas tropicales al otro lado de la hermosa balconada de madera. Aquí han estado, entre otros, Ernesto Cardenal hablando de libros junto a los poetas de Solentiname.

En El Salvador existen varios cafés, entre ellos La Luna, La Ventana y El Punto Literario. Todos ellos de reciente data, porque los sucesivos temblores, terremotos y ciclones han devastado las reliquias arquitectónicas del pasado en Centroamérica.

En su mayoría los cafés del istmo son de la década del 60 y tienen todos el sabor de la revolución y la guerrilla.



## Los Cafés y Bares literarios de Cuba

El ambiente de La Habana ha inspirado siempre a escritores y poetas. Desde Ernest Hemingway a Federico García Lorca, los autores literarios que han visitado Cuba se han fascinado con la capital mágica del Caribe hispano.

En el Bar La Floridita de la calle del Obispo, Ernest Hemingway inmortalizó el Daiquirí, ese trago en base a ron, azúcar, cáscara de naranja, limón, gotas de marrasquino y mucho hielo *frappé* para calmar el calor y la sed del trópico.

En la época cuando vivía en la finca El Vigía, en la vecina localidad de San Francisco de Paula, Hemingway siempre acudía a La Habana y departía en el Floridita, hasta tarde, bebiendo junto al actor Spencer Tracy que estaba en la isla para la filmación de la película *El Viejo y el Mar*, basada en la novela del autor.

En el Floridita estuvieron también Gary Cooper, Ava Gardner, Luis Miguel Dominguín, Jean Paul Sartre, los duques de Windsor y por supuesto, la bailarina cubana Alicia Alonso. Cuando en 1954 Hemingway obtuvo el Premio Nobel de Literatura, el Floridita se vistió de fiesta para celebrar el acontecimiento.

Otro bar literario de La Habana es La Bodeguita del Medio, famoso por sus mojitos con hierbabuena. Por aquí han deambulado también los consabidos poetas y músicos de la noche habanera.

Los escritores de visita en La Habana han bebido cervezas frías en los magníficos bares de los hoteles, siendo uno de los más hermosos el Bar y Cantina del Hotel de Inglaterra, donde se puede apreciar una hermosa estatua en bronce que representa a la bailarina española Tórtola Valencia.

Son famosos por la belleza y la suntuosidad de la decoración los Cafés del Hotel Sevilla, Santa Isabel, Ambos Mundos, y el Café del viejo Hotel de París en la calle del Obispo.

Otro café clásico de La Habana Vieja es el O'Reilly que antes fue Camisería La Princesita. Su dueño servía cafés a los clientes mientras éstos se tomaban las medidas o aguardaban la prenda. Posteriormente, desapareció la confección de camisas y quedó la vieja costumbre de tomar el café. Hoy es posible tomarlo arriba, en el segundo piso, admirando una hermosa vista de las casas bañadas por la cálida luz de La Habana, mientras escuchamos la música en vivo de un viejo danzón.

Otros cafés de solera son La Lluvia de Oro en la calle del Obispo y El Patio, lleno de rumor de árboles y pájaros, en el interior de un antiguo palacio en la Plaza de la Catedral...

## Los Cafés de Santo Domingo

En Santo Domingo, capital de República Dominicana, hay algunos cafés tradicionales en la calle El Conde en donde los dominicanos se reúnen a media mañana a tomarse un *tinto* y a leer *El Listín*, el periódico del día.

Famoso es el Café Paco con buen café y jugos naturales de fruta: coco, china, chinola, aguacate, mango, piña, guineo, rulo, lechosa, guayaba, granadillo, quenepa y limoncillo.

Un Café clásico es La Cafetera Colonial de la Calle El Conde donde venden el auténtico café dominicano en un ambiente tradicional del Caribe, con sus ventiladores a hélice y los genuinos personajes de la calle. Aquí se reunían los refugiados de la Guerra Civil Española en los años posteriores a 1936.

Junto a La Cafetera Colonial, un Café vende “bebidas psicológicas”, en base a combinación de jugos naturales de frutas y ron:

*Tomándolas con los dedos cruzados  
tus deseos serán realizados.*

Aquí van espigados algunos de sus nombres: “Casita de Campo”, “Una milla no es tan lejos”, “Más cerca del Cielo”, “Mañana me iré”, “Por favor”, “Déjalo crecer”, “Fuera de ruta”, “Tendré que pensarlo”, “Sólo por ti”, “Te felicito”.

## Los Cafés Literarios de Puerto Rico

En el Viejo San Juan, en la calle de San Justo, se encuentra el Café La Mallorquina, quizás el Café más antiguo de América, puesto que existe desde 1840.

Durante todo el siglo XIX, La Mallorquina reunió a las familias más distinguidas de San Juan. Durante esta época racista y colonial, se dividió el Café y Chocolatería en secciones para la gente blanca y de color. Se escuchaba ópera y se bebía ron Bacardi en la amplia barra de madera, comentando los sucesos locales, mientras afuera pasaban los carruajes y se escuchaba el croar de sapos y grillos.

En 1860 La Mallorquina se amplió a restaurant, pero se mantuvo inalterable la sana costumbre de beber café hasta el día de hoy.

Por La Mallorquina han pasado todos los escritores de Puerto Rico. Y los que han estado de visita en la isla, no han dejado de acudir allí para admirar el vetusto salón con sabor a tiempo, los magníficos espejos, sus grandes ventiladores de aspas, los ja-

YAUCO SELECTO  
Café Gourmet de Puerto Rico



DELTETSE CON UNA LEGENDA PRECIADA OTRA VEZ

INDULGE IN A CHERRISHED LEGENDARY BEAN.

RENOUEZ VEC DRS DEURS LEGENDARES.

GÖNNEN SIE SICH WILDER EINE LEGENDÄRE DELIKATESSE.



YAUCO SELECTO S.R.L.  
Rte. Maunabo 4700  
Río Piedras, Puerto Rico  
00912  
TEL (939) 754-1817  
Fax: (939) 754-7620

rrones de porcelana checa y la decoración que simula un viejo palacio andaluz, en medio de palmas y helechos del trópico.

Otros cafés clásicos del Viejo San Juan son La Bombonera, el Café Bohemio, el Café Berlín de la Plaza Colón y el Café del Bar de la Casa España donde aún los viejos españoles juegan al dominó.

## Los Cafés Literarios de Colombia

Colombia es país productor de café. Sus hermosas haciendas del siglo XIX están adaptadas actualmente como paradores en donde los huéspedes pueden alojar y de paso, conocer el proceso de la cosecha de los granos y la elaboración del café. Estas hermosas haciendas coloniales están situadas en El Quindío, Caldas, Antioquia y Risaralda donde se encuentran los principales cafetales del país. Muchos de ellos han servido como magníficos escenarios naturales para ambientar películas que tienen de fondo la vida en las plantaciones.

Bogotá, la capital, es por excelencia una ciudad de cafés. El bogotano ama el "tinto", como se denomina el café bien cargado y solo. Los viejos barrios de Bogotá, especialmente La Candelaria, reúnen una importante cantidad de bares, cantinas y cafés con sillas de Viena y espejos, donde los escritores colombianos pueden estar hablando de sus libros y planeando ediciones, bajo un ventilador a hélice, en medio del rumor de pájaros y helechos.

Café bogotano de tradición bohemia, literaria y periodística es La Romana a donde acudían los periodistas del diario *El Tiempo* y los toreros famosos tan aclamados en los redondeles colombianos. También es digno de destacarse el Café La Giralda, de ambiente colonial, en el barrio de la Candelaria. Otro famoso es el Café Pasaje que existe desde 1926 en un pequeño pasaje de La Can-





## Los Cafés Literarios de Ecuador

En Ecuador fue famoso el antiguo Café del Hotel Colón en Quito, ya desaparecido. De él, sólo se conserva una vieja fotografía en el vestíbulo de dicho hotel.

De prestigio literario es el Madrilón por donde han pasado escritores, presidentes y diplomáticos. Este hermoso Café, que es una prolongación del Palacio Presidencial, sorprende por la belleza de sus espejos y la decoración original que se mantiene inalterable.

Otro destacable es La Cueva del Oso donde es posible beberse un tinto puro o un pintado, al compás de la melancólica música de un trío quiteño.

## Los Cafés Literarios de Perú

Lima, la vieja Lima de la Perricholi y el Virrey Amat, tuvo también sus cafés y cantinas para el ocio burgués y refinado.

El siglo romántico fue de fasto y nobleza. Durante la época de las mujeres tapadas y las mantillas, se construyeron edificios llenos de elegancia, con balcones y miradores tallados en cedro nicaragüense, verdaderos encajes para practicar el bello arte de mirar sin ser visto.

Un edificio de alcornica es el que alberga el Hotel Bolívar de genuina tradición clásica, en el centro de Lima.

El Café de este Hotel brinda el justo ambiente del pasado y evoca muy bien tiempos pretéritos de una Lima romántica y gentil. Muchas tardes, un músico de color toca vales arcaicos en el piano blanco, estableciéndose una estampa llena de melancólico sabor. Sentados en una mesa, disfrutamos de un pisco *sour* en el viejo café, mientras observamos y disfrutamos la atmósfera, bajo la inmensa bóveda de cristal.

Un café emblemático de Lima es La Tiendecita Blanca como se conoce al Café Suisse, de elegante tradición, que existe en Lima desde 1937 manteniendo el buen gusto y la calidad de sus tortas, pasteles, conservas, embutidos, panes y buenos vinos.

En el salón de La Tiendecita Blanca hay un piano de finas maderas rojizas en el que se organizan veladas musicales a media tarde para las damas del barrio de Miraflores.

Sentadas amablemente escuchan la selección de valeses y operetas mientras conversan en voz baja junto a una taza de té con

limón. Bajo la maravillosa cúpula de cristales y pinturas exóticas, diversos escritores, políticos y presidentes han paladeado buen café y repostería fina.

Otro café tradicional de Lima que ha perdurado en la mente de los escritores ha sido el Haití fundado primeramente en 1952 en la Plaza de Armas limeña y posteriormente en 1962 en el clásico barrio de Miraflores. Este Café Haití fue fundado por el italiano Antonio Neri que anteriormente, en 1948, había fundado el Café Haití de la calle Ahumada de Santiago de Chile.

Por el Haití de Lima han pasado ministros y estadistas como el Presidente Belaúnde Terry. Bajo el toldo desteñado de franjas verdes y rojas, Mario Vargas Llosa escribió páginas memorables de su novela *La ciudad y los perros*. En tanto que Alfredo Bryce Echenique se ha sentado también en el Haití de Miraflores, mirando pasar la gente y los viajeros de visita en destartaladas calesas de tiempos idos.

Otros cafés son el D'Onofrio, en el centro, con sus clásicos turrónes del Cristo Nazareno marca Doña Pepa y el Café Cordano, junto a la Plaza de Gobierno y frente a la estación del Tren de los Desamparados.

En el antiguo barrio de Barranco, donde está el famoso Puente de los Suspiros, cantado por Chabuca Granda, se encuentran hermosos y vetustos cafés de artistas, entre ellos el Juanito, fundado en 1927, el Café de Queirolo, las Mesitas de Barranco y el Café Rovira de la Plaza Grau. Todos ellos entrañables y románticos.

## Las Confiterías de Argentina

Buenos Aires tiene un sonido característico y ese es el murmullo constante de sus confiterías y cafés abiertos día y noche, con el tintineo de tazas, platillos y cucharillas en su interior.

La gran capital de América Latina construyó durante el auge de la ganadería sus elegantes confiterías con espejos biselados, puertas giratorias y columnas de jade como verdaderos templos de lujo para desarrollar la vida artística en torno a una taza de café y a un libro.

Aquellos viejos cafés de España tuvieron aquí, al otro lado del Atlántico, un aire aristocrático. El café se transformó en Buenos Aires en pastelería, licorería fina, tienda elegante de bombones,

chocolate blanco, dulces y pastas. Un lugar prestigioso de reunión y plática.

La confitería se transformó en el sello vivo de la identidad de Buenos Aires, su más característico rasgo cultural. Y es que no se puede entender al porteño sin visitar una de sus confiterías, llenas de elegancia y estilo, con sus mesitas de mármol reluciente, sus espejos de marco dorado y sus perchas para acomodar abrigos y sombreros. Allí están sus prendas finas con buenos forros de seda porque los porteños visten bien y acuden a los cafés con el mejor vestuario de la moda europea.

Hoy, todavía sobreviven las viejas confiterías de Buenos Aires, aunque las más hermosas sólo permanezcan en el recuerdo y en las postales antiguas que muestran el refinamiento parisino de la ciudad en el siglo XIX.



*Dejando pasar el tiempo en una confitería porteña, con un café, un vaso de agua y una buena conversación.*



*"El Café de los Inmortales". Antonio Scordia, 1949.*

Durante la época de los carruajes y el esplendor de la ópera en el Teatro Colón, eran famosas las confiterías Victoria, Smith y Armonía. Aunque el café más antiguo de Buenos Aires fue el de Catalanes que se abrió al público a finales del siglo XVIII, modificándose después al gusto de la época.

Las fotografías muestran arcaicos salones pintados al fresco y patios adornados con estatuas de mármol. Los clientes, vestidos según la moda de la revista *L'Illustration*, se servían —entre los arreglos de palmas— los primeros helados espolvoreados con canela. El Café de la Victoria también fue uno de los más aristócratas durante el siglo XIX. No sólo fue ámbito para el lujo mundano y el intercambio de miradas, sino también espacio para la política y la vida teatral. En este sentido, el Café de la Comedia fue centro de reunión de cantantes de ópera y actrices, así como de sus admiradores.

El Café King y Faunch fue el punto donde se reunía la colonia británica, muy numerosa durante el siglo pasado en Buenos Aires.

Aquí tuvo lugar el 23 de abril de 1823 la tradicional celebración del *birthday* del rey Jorge IV de Inglaterra, ocasión en que sesenta y dos ingleses y diez argentinos participaron de un selecto banquete en los salones del Café.

Otros Cafés de esos tiempos fueron el de los Dos Amigos, el Café del Plata y el Café de la Amistad, célebre por un exquisito café con leche –único– y por la concurrencia elegantísima. Aquí también llegaban numerosos pasajeros de la Central de Ferrocarriles a beber un refresco de limón mientras esperaban la hora de partida... o de llegada de un tren.

A mediados del siglo XIX, el 1º de enero de 1852, se inauguró la famosa Confitería del Águila que todavía hoy muchos recuerdan, en la calle Florida, trasladándose luego a Callao esquina Santa Fe.

De esta época es también la Confitería del Gas que en un comienzo de llamó Confitería de León.

Otro de los cafés más antiguos ha sido El Imparcial que data de 1860. Luego le sigue El Globo que fue inaugurado con toda pompa en 1908, conservando el sabor castizo de un café madrileño, con sus clásicos azulejos, su amplio mesón de madera noble y los desteñidos carteles de toros, resabio de un pasado hispánico.

Durante el siglo XX se siguieron levantando grandes confiterías por donde deambularon los porteños en tardes y noches de conversación. Buenos Aires es la ciudad que nunca duerme y la calle Corrientes es famosa por sus grandes librerías abiertas toda la noche. Después de hojear libros, es posible leerlos sentados en un viejo café de artistas...

Uno de los más famosos es el Café Los Inmortales que ha visto pasar a Carlos Gardel, John Fitzgerald Kennedy, Bing Crosby, Paul Newman, Andrés Segovia y toda la bohemia artística de Buenos Aires de una época cuando no había radio, ni televisión, ni teléfonos y la comunicación se hacía boca a boca, de persona a persona.

Al Café del Hotel Castelar solían ir los escritores afines al grupo literario de Oliverio Girondo y Norah Lange, entre ellos la escritora chilena María Luisa Bombal, de 23 años, hacia 1933, en su paso por Buenos Aires y mientras escribía páginas de *La última niebla*.

Otro Café señero es La Biela de la Recoleta. Aquí suele verse de tarde en tarde la figura frágil de Adolfo Bioy Casares en su mesa de la esquina leyendo la página literaria de *La Nación*.

Vale la pena hoy visitar estas confiterías de Buenos Aires que dan el pulso de la ciudad y entregan su verdadera alma. Un chocolate con churros en estas cafeterías históricas es una experiencia

literaria. Allí, sentados en una mesita de mármol, veremos desenvolverse a los mozos, personajes inseparables del rito de tomar un café. Observaremos el modo en que toman el pedido, cómo se paran, cómo se visten, cómo se mueven entre las mesas...

Quizás la Confeitería Richmond, en la calle Florida sea la última de su tipo que va quedando. Sí. Quien quiera conocer el corazón de Buenos Aires no puede dejar de vivir algunas horas en estos cafés del silencio y la conversación sin los cuales la ciudad ya no sería la misma...



*Contertulios del mítico Café Tortoni de Buenos Aires  
en la tertulia de la Avenida de Mayo.*

## Café Tortoni de Buenos Aires

El café emblemático de Buenos Aires es el mítico Café Tortoni de la avenida de Mayo por donde han pasado Josephine Baker, Alejandro Casona, Ernesto Sábato, Conrado Nalé Roxlo o Manuel Mujica Láinez, entre muchos otros.

El primer propietario del Tortoni fue un francés de apellido Tonan que quiso homenajear al famoso Café Tortoni de París fundado en 1798.

Lo que destaca en este célebre Café es la soberbia arquitectura de época, las gruesas columnas como las de la cafetería de la Estación Retiro, las mesas de roble americano y mármol verde, los papeles murales fuera del tiempo con leves manchas de humedad trazando mapas inverosímiles y los grandes ventiladores a hélice.

Aquí se reunieron los grandes intelectuales de Buenos Aires y de Europa. Alfonsina Storni tenía aquí su peña literaria. Apoyada en el lujoso piano Steinway del café, recitó: "No tienes tú la culpa si en tus manos/ mi amor se deshojó como una rosa...". Después, la genial Berta Singerman declamó aquello de "Polvo de oro en tus manos fue mi melancolía...".



*Alfonsina Storni lee poemas en una velada literaria en el Café del Hotel Castelar, donde se reunían Leopoldo Marechal, Oliverio Girondo, Norah Lange, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, María Luisa Bombal y Federico García Lorca, quien en 1934 se hospedó precisamente en este Hotel.*

El ámbito, traspasado de humanidad, tiene las presencias fantasmales de Jacinto Benavente, de Luigi Pirandello, de Carlos Gardel y de Federico García Lorca. Frente a una taza de chocolate con churros, Baldomero Fernández Moreno escribió:

*A pesar de la lluvia yo he salido  
a tomar un café. Estoy sentado  
bajo el toldo tirante y empapado  
de este viejo Tortoni conocido...*

Aquí tocó el piano Artur Rubinstein y cantó una noche Lily Pons. Muchos autores escribieron y conversaron de libros.

Sede de los poetas lunfardos, refugio de los enamorados del tango, Café favorito de Jorge Luis Borges, el Tortoni de Buenos Aires concentra una parte importante de la vida de la ciudad...

## Confitería El Molino

Famosa e histórica fue la célebre Confitería El Molino, frente al Congreso. Este romántico café se inauguró en 1916, con una elegantísima arquitectura *Art Nouveau*, diseñada por el arquitecto italiano Teresio Ginatti, con ocasión de la celebración del Centenario de la Independencia.

Las estampas de época muestran la inauguración del soberbio edificio de siete pisos, coronado por una torre en donde las aspas de un molino todavía giran... Allí hay salones para recepciones especiales, amplísimos comedores, tres subsuelos con cocina, pastelería, fábrica de hielo y bodegas.

Aquí vino a tomar una taza de té la Infanta Isabel de Borbón que visitó Buenos Aires precisamente para el Centenario... Y por supuesto, los políticos del Congreso que hicieron de la Confitería El Molino, el punto de reunión para cambiar el país en un torno a una buena taza de café.

El fundador de la Confitería, don Cayetano Brenna –el gran repostero que pasó a la historia de Buenos Aires con su famoso Merengue Imperial Ruso– llevaba él mismo una Guía de Trabajo, manuscrita, con diferentes recetas ordenadas alfabéticamente.

La señorita Delma se ofrece gentilmente a traernos el preciado libro, una verdadera joya histórica de la Confitería. Allí aparecen las indicaciones para tostar y garrapiñar las almendras, la manera de disponer las copas en una bandeja, las recetas secretas para obtener

esencias y las preparaciones de mesas para banquetes, con sus moños, arreglos florales y disposición de los aguamaniles. También se detalla el modo de embalar un regalo de confites finos que debe ser embarcado por vapor a Europa o el modo de amoldar el dulce de membrillo casero en forma de gallina, pato, conejo o casita.

Visitar hoy la Confitería El Molino es conocer el gusto de la rancia aristocracia de Buenos Aires a través de esa extraña arquitectura ecléctica, característica de los viejos edificios porteños tan bien descritos con sus personajes en las novelas de Manuel Mujica Láinez. Es también digno de admirar la distinción de los camareros vistiendo uniformes de color rojo militar como oficiales de opereta. En las mesitas de mármol sanguíneo, los matrimonios o las parejas beben suavemente el café bajo lámparas de opalina o piden al *maître*, un *locatelli* de pavita o un licuado de ananá.

Lamentablemente esta hermosa confitería cerró sus puertas y entró a la leyenda de la vieja ciudad...



*Frontis de la magnífica  
Confitería El Molino  
de Buenos Aires  
frente al Congreso.*

## Confitería Las Violetas

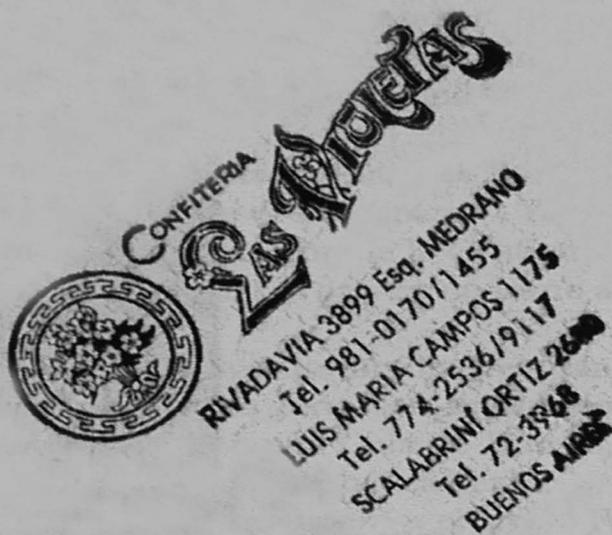
Otra confitería histórica que ya no existe lamentablemente fue Las Violetas, fundada en 1884 y desaparecida en el cambio del siglo. Situada en Rivadavia esquina Medrano, esta Confitería fue un verdadero santuario de la nostalgia familiar, cuando llegaban a servirse té con masitas los padres acompañados con los niños. Esta confitería era tan elegante que se hacía anunciar en los programas de mano del Teatro Colón...

Su belleza arquitectónica era extraordinaria, con sus mesitas de mármol en medio de enormes columnas y sobre todo, sus *vitreaux* palaciegos. Como antes, los camareros vestidos de etiqueta, servían en vajilla ostentosa tanto el té como el aperitivo... y el café en tazas que tenían pintada una violeta. Hoy son joyas de colección.

La especialidad era el café vienés en “vaso cívico” o en “vaso imperial”. Había postres helados con marrón glacé, arroz con leche y arrollados de palmitos...

Sobre los mostradores, se exhibían grandes frascos de cristal con lentejas de dulce y pastillas de limón. ¡Qué agradable sensación de tarde de provincias se respiraba en esa confitería del barrio Almagro! En los últimos tiempos aún había damas empolvadas que recordaban cuando la confitería, en ese mismo lugar, quedaba en las afueras de Buenos Aires. Eran tiempos en los que corrían los tranvías de caballos y las glicinas trepaban por las verjas de las casas viejas de ese Buenos Aires pueblerino.

No hace mucho había orquesta de señoritas. Por eso, la Confitería Las Violetas tenía fama de reunir siempre un público femenino, compuesto casi siempre por maestras solteras que acudían a oír valeses y selecciones de operetas



*Servilleta de papel de la desaparecida confitería Las Violetas de Buenos Aires, en Rivadavia con Medrano.*

famosas –*El Barón Gitano*, *La Viuda Alegre*– mientras degustaban candeal con yema o bizcochos con chocolate. Pero una leyenda hizo disminuir la clientela de Las Violetas. Contaban que las damas que acudían allí... nunca se casaban.

La copita de licor dulce, los huevos chimbos, las lámparas con tulipas en forma de corona, constituían lo más clásico de esa confitería decorada en un estilo “bien español”.

Por su atmósfera de época, la Confitería Las Violetas ha servido para rodar en sus interiores diversas películas argentinas, entre ellas *¿Qué es el otoño?* de David Kohn y *La Mafía* de Leopoldo Torre Nilson. Ambiente característico de *Boquitas Pintadas* y del mundo de Manuel Puig, Las Violetas ha inspirado también a Roberto Arlt para escribir aquí algunos cuentos.

Famosa por las facturas de manteca, las frutas “abrillantadas” –que en Chile se llaman “confitadas” y en España, “cristalizadas”– los tocinitos de cielo y las *cerisettes* al *Cherry Brandy*. Las Violetas tiene un libro de firmas donde los clientes dejan estampado un testimonio de afecto y lealtad. Con mano temblorosa y estilográfica de tinta turquesa, Estrella Acevedo escribe sentada frente a una taza de té con cuatro masitas pasteleras: “Hace treinta y cinco años que vengo aquí con un grupo de amigas de la escuela...”.

## Confitería Ideal

También con la magia inconfundible del viejo estilo, la Confitería Ideal, en el número 384 de Suipacha, al llegar a Corrientes, atiende al público selecto que acude a las cinco en punto a beber el té con leche o el buen café madrileño con gotitas de cognac.

La Confitería fue fundada en 1910 por don Manuel Rodolfo Fernando, un español natural de Tuy, un pueblo de Pontevedra. Aunque primitivamente se situó en la calle Rivadavia, este Café sobrevive a la picota del progreso y muestra una arquitectura soberbia, como disponible para filmar allí una escena de una película de Visconti.

Grandes columnas, arañas de bronce relucientes, espejos biselados... y un ascensor de rejas plegables para subir al segundo piso donde hay salones de billar, pistas para bailar tango y reservados para tomar *champagne* o sidra en copas altas.

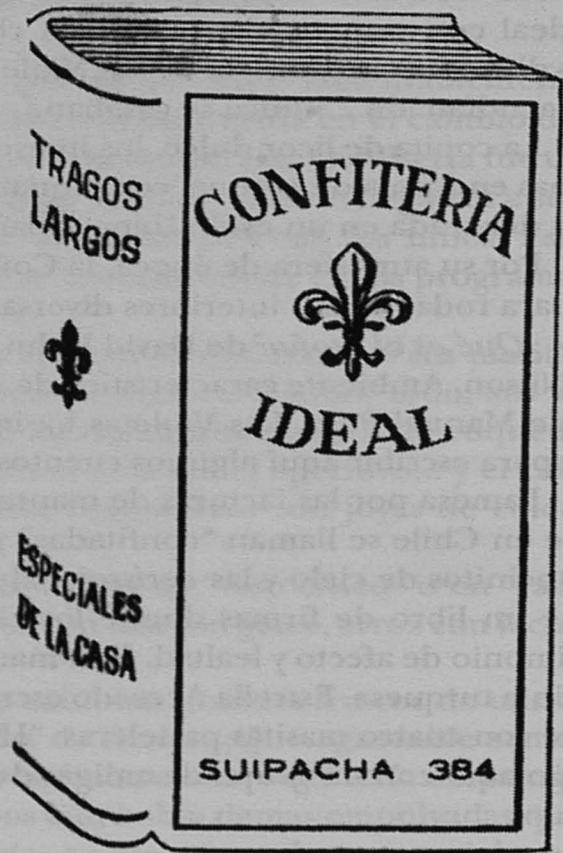
Abajo, hay música de órgano. Osvaldo Norton interpreta tangos o milongas. Cuando descansa, se escucha la Orquesta Casino de Madrid que interpreta selecciones de zarzuelas o pasodobles

famosos. *El beso* o *Radiante sol madrileño* son los temas favoritos del público asiduo a la Confitería Ideal.

Antiguamente, en los años 50, la Confitería Ideal tenía orquestas. Las más famosas, las más alegres que animaron las tardes de la Confitería, fueron la Orquesta Los Bambucos, Los Mariscales, la Orquesta Da Silva y Los Siete de Oros...

Hoy, la Confitería Ideal exhibe en sus escaparates enormes cajas de bombones ribeteadas con cinta zig zag, frascos con dátiles de África, cristalería fina para regalo y postres finísimos que suelen incluir hojaldre, *marrons*,

y que culminan por lo general, con una capa de *fondant* en la que un virtuoso en las artes del glacé ha escrito: "Felicidades...".



## Las viejas Confiterías porteñas se van

¿Cómo no visitarlas? ¿Cómo dejar de admirar los viejos escaparates de cristal con tortas de novia y ositos de felpa rubia? En la Confitería Richmond, los caballeros beben el té con limón y tienen a sus pies un lustrabotas. Son escenas en vías de extinción... En la Confitería Flores Porteñas están prohibidos los colorantes e ingredientes artificiales.

Los viejos Cafés de la calle Corrientes tienen todavía enormes puertas giratorias de bronce y mesones de vidrio que exhiben merenguitos de frutilla y nuez, traviatas mixtas y postres con gajos de mandarina.

Volvamos por última vez a admirar sus cielorrasos moldurados y a servirnos una leche merengada o un chocolate caliente con en-

saimadas. Puede que la próxima vez que volvamos a pasar por esa calle, no se encuentre más nuestra confitería predilecta...

Adiós, palmeritas, *Petit Fours*, luceritos, flores de azúcar, camareras con toca almidonada. En el fondo de un azogue, Jorge Luis Borges, completamente solo, también nos dice adiós con una taza de café en la mano.

Las confiterías elegantes de Buenos Aires con sus viejas melodías y su ambiente marchito, representan una desaparecida manera de vivir. Hoy, pese a todo, se mantienen algunas en pie con una impresionante dignidad. Por eso, por ser testimonios de una época, hay que entrar a ellas con respeto y pedir al camarero acaso, la última taza de café...

Fumar un cigarrillo sentado en una mesita de mármol en una antigua confitería de Buenos Aires, es sentir que el tiempo no ha pasado y que es hermoso dejarlo transcurrir lentamente con las volutas del humo...



*Café Teatral Sabatino con su clásico toldo a franjas en la calle Paraná, junto al Teatro Politeama de Buenos Aires, hacia 1926.*

## Los Cafés y Confiterías de Uruguay

Montevideo tiene también tradición de confiterías como en Buenos Aires, aunque sin la suntuosidad de las porteñas. El viejo barrio del puerto tiene lugares llenos de encanto donde es posible reunirse a conversar en torno a un café que siempre va acompañado de un vasito de soda, sifón o agua de Seltz muy fría.

Un lugar interesante es el Café El Oro del Rhin de tradición alemana con buena repostería y agradables mesitas para charlar en torno a una buena taza de café y un *éclair* de chocolate.

En las afueras de Montevideo, se levanta el majestuoso Hotel Carrasco, donde pernoctó Federico García Lorca en su visita al país en 1934. Allí, en el café del hotel, escribió el tercer acto de su obra de teatro *Yerma*, mirando el mar. Una plaza recordatoria rinde recuerdo a este momento mágico, cuando el poeta, reconcentrado, escribe en una mesita con su lapicera a tinta en el papel de carta que tiene impreso el monograma del hotel:

*En el río de la sierra  
la esposa triste se bañaba.  
Por el cuerpo le subían  
los caracoles del agua.  
La arena de las orillas  
y el aire de la mañana  
le daban fuego a su risa  
y temblor a sus espaldas.  
¡Ay, qué desnuda estaba  
la doncella en el agua!*

Federico García Lorca quedó entusiasmado con el hotel uruguayo y la atmósfera del Café. Era un hotel apacible y elegante al mismo tiempo. Tenía amplios salones, camas con sábanas de hilo, comedor tradicional de mantel blanco, sala de billar y hasta servicio de sombrillas para bajar a la playa. Ciertamente le recordaba la costa malagueña y aquellas caletas de la Costa del Sol, remotas y con ambiente marinero.

Por la tarde, caminando por la playa, pensaba en las costas de pescadores del mar Mediterráneo que tanto le atraían. Pero su mente estaba en aquella obra teatral basada en el amor estéril.

Un poco perdido y como de otra época, anacrónico incluso en esos tiempos –un dinosaurio varado en medio de la playa– el gran hotel del antiguo barrio de Carrasco, con sus elegantes man-

siones frente a la playa, lo impresiona. Tiene algo del Malaga Palace con su inmenso *hall* de entrada y su ambiente fastuoso de novela de Thomas Mann. Por la noche hay orquesta en la terraza para bailar el *shimmy* o escuchar música de jazz bajo las estrellas.

Pero Federico prefiere recorrer solitario el salón de fiestas con sus lámparas de lágrimas. Aunque está en un ambiente europeo, como en un hotel de la Costa Azul, García Lorca siente con fuerza la presencia latinoamericana. Allá al fondo, divisa incluso el Parque Hotel, donde murió el poeta mexicano Amado Nervo.

Una tarde, Federico García Lorca se retiró con sus maletas llenas de poemas del Hotel Carrasco, bajo el sol de Montevideo. En el Café donde escribió el poeta, quedó algo flotando. Apenas el rastro de un sueño...



*Interior del Hotel Carrasco de Montevideo  
donde se hospedó Federico García Lorca en 1934.  
Colección del autor.*

A la salida del Teatro Solís de Montevideo hay también cafés literarios. Los uruguayos acuden a las confiterías a tomar un café y a comentar la función. En la calle 25 de Mayo existió el famoso Café Sorocabana con mesas redondas de mármol.

El Sorocabana era un lugar característico del viejo Montevideo, existiendo allí una larga tradición de tertulias literarias y periodísticas en torno a una taza de café. Lamentablemente desapareció.

Uno de los cafés más antiguos y emblemáticos de Montevideo es el histórico Café Brasileiro en donde da entrevistas, escribe y se fotografía el escritor uruguayo Eduardo Galeano, el autor de *Las venas abiertas de América Latina*.

## Los Cafés de Brasil

Siendo Brasil país exportador de café, no es de extrañar que existan en cada calle lugares para beberlo, incitando a la camaradería y a la conversación tan propias de un pueblo expansivo.

Brasil tuvo en otros tiempos grandes cafetales y hermosas haciendas que hoy son un documento vivo de las costumbres pasadas. Intactas y bien conservadas, muestran una desaparecida manera de vivir.

El café se transportaba en el siglo XIX por tren hasta Paranapiacaba. Desde esta pequeña ciudad de estilo inglés en medio de la selva, salía la interminable fila de vagones cargados con aquellos granos fragantes hasta Santos en donde se embarcaban para los distintos países del mundo. Era tan importante la economía de este producto que precisamente en este puerto se levantó la Bolsa Oficial en donde se fijaba el precio mundial del café.

Después, los trenes se devolvían vacíos subiendo penosamente hasta la planicie, desde donde volvían a bajar cargados de sacos de café en un descenso que era



toda una complicada obra de ingeniería ferroviaria montada por los ingleses.

De esa época gloriosa –hoy, el café ya no es el gran producto económico del Brasil y los precios oficiales se fijan en la Bolsa del Café de Amsterdam– restan las casas británicas, como pequeños *cottages*, rodeadas de jardincillos, las maquinarias importadas de Inglaterra, las inmensas roldanas, las poleas, los mecanos gigantescos –oxidados por las últimas lluvias– y las maestranzas patinadas de hollín, como pequeñas capillas románticas.

En medio de la neblina otoñal, todo tiene en Paranapiacaba un encanto pretérito, hasta los vagones de tren, algunos de ellos históricos, como aquel imperial forrado en seda y madera de cedro que trasladaba al rey Pedro II cuando llegaba a visitar a la vizcondesa de Río Preto a la Hacienda Cafetera Paraíso o cuando viajaba de la selva hasta el mar a la luz de la luna...

## El Café Colombo de Río de Janeiro

Río de Janeiro ostenta uno de los cafés más elegantes y refinados de América Latina. Es la Confitería Colombo que tiene más de un siglo. Por sus salones han pasado todos los personajes de la vida política, periodística, social y literaria de la ciudad fluminense.

La Confitería Colombo fue fundada en 1894 por Manoel José Lebrao que había llegado a Brasil de Portugal, de Alto Minho, el 20 de febrero de 1881 a la edad de 13 años, estableciéndose en Río de Janeiro. De inmediato, el joven muchacho se empapó de las condiciones de vida del país, de las tradiciones populares y de sus carnavales. Era una época de fuerte emigración ibérica a América, cuando los campesinos portugueses y españoles viajaban al otro lado del Atlántico, buscando mejores posibilidades de vida y trabajando en las principales confiterías de Buenos Aires y Río de Janeiro.

Manoel José Lebrao se adaptó rápidamente a las transformaciones políticas y sociales que se estaban desarrollando en el nuevo país. En su interior, el joven abrigaba las esperanzas de convertirse en un gran empresario, en un momento de opulencia y esplendor en el modo de vida de los brasileros, debido al auge de las haciendas cafeteras y de la exportación del café a nivel mundial.

En este marco, Lebrao logró crear la Confitería Colombo, considerada el establecimiento comercial más importante de su época, con una decoración lujosa sólo comparable a los grandes cafés de París y Viena.

Para ello, llamó a su lado al prestigiado artista Antonio Borsoi que trabajó como arquitecto, diseñador de muebles de estilo y decorador de interiores. Entusiasmado con el proyecto, Borsoi puso toda su inspiración en crear una confitería magnífica que superara a las más prestigiosas de Europa. Fue tal su éxito que posteriormente, entre 1906 y 1918 diseñó otros proyectos de decoración para diversas firmas, entre ellas confiterías, cafés de lujo, clubes internacionales, restaurantes exclusivos, farmacias, bares y pastelerías.

Las tiendas que se beneficiaron del elegante estilo de Borsoi fueron el Cinema Central, la Joyería Bernachi, vecina del Café Colombo, la Confitería Tisuca, la tradicional casa de artículos masculinos Torre Eiffel y la Zapatería La Insinuante en la rua da Carioca. Lamentablemente muchos de estos edificios históricos han sido demolidos, pero aún perviven el Cinema Iris y la Confitería Colombo considerada la obra prima del artista.

Aquí se dieron cita las grandes familias que llegaban asombradas a ver la arquitectura y la decoración representativa de la *Belle Epoque* carioca: una mezcla de *Art Nouveau* afrancesado con la gracia dorada y triunfante del rococó.



*Ambiente de la tradicional Confeitaria Colombo de Río de Janeiro.  
Fotografía del autor.*



*Camarero carioca en la Confitería Colombo.  
Fotografía del autor.*

El café de dos pisos ostenta inmensos espejos belgas biselados con molduras de jacarandá talladas a mano, mesitas de fierro forjado con cubierta de mármol traído de Carrara e inmensas lámparas de opalina. Las vitrinas eran asombrosas con preciosas marqueterías e incrustaciones de nácar. Tan magníficas eran que aún en la actualidad están consideradas como una de las mejores realizaciones de mobiliario brasilero de la época. A través de sus cristales, los clientes veían la mercadería: licores finos importados, muñecas de porcelana, bombones en cajas maravillosas festoneadas en papel de encaje.

Sobre todo el conjunto, predomina hasta el día de hoy la extraordinaria claraboya que da luz al espacio y filtra los rayos del sol tiñéndolos de diversos colores a través de los cristales coloreados. Este hermoso tragaluz consigue integrar el espacio externo con el

interno, en una relación que siempre estuvo presente en el *Art Nouveau*.

Sus figuras florales y vegetales son también representativas del Modernismo Carioca en una elegante integración con el estilo Luis XVI, tan querido por los intelectuales y artistas cariocas de la época.

En el interior, tomaban el café de la tarde las elegantes de Río de Janeiro, vestidas con gasas y muselinas en estilo *Belle Epoque*. Allí hablaban de los óleos que decoraban el salón, del teatro lírico, de los bailes en el Casino Fluminense, de los viajes a Petrópolis... También se daban cita las escritoras, entre ellas Julia Lopes de Almeida que fue una de las más destacadas personalidades femeninas de la literatura carioca de esta época.

En este ambiente parisino se reunieron también los escritores brasileiros impecablemente vestidos en la Casa Raunier que hicieron del Colombo un lugar de reunión sofisticado.

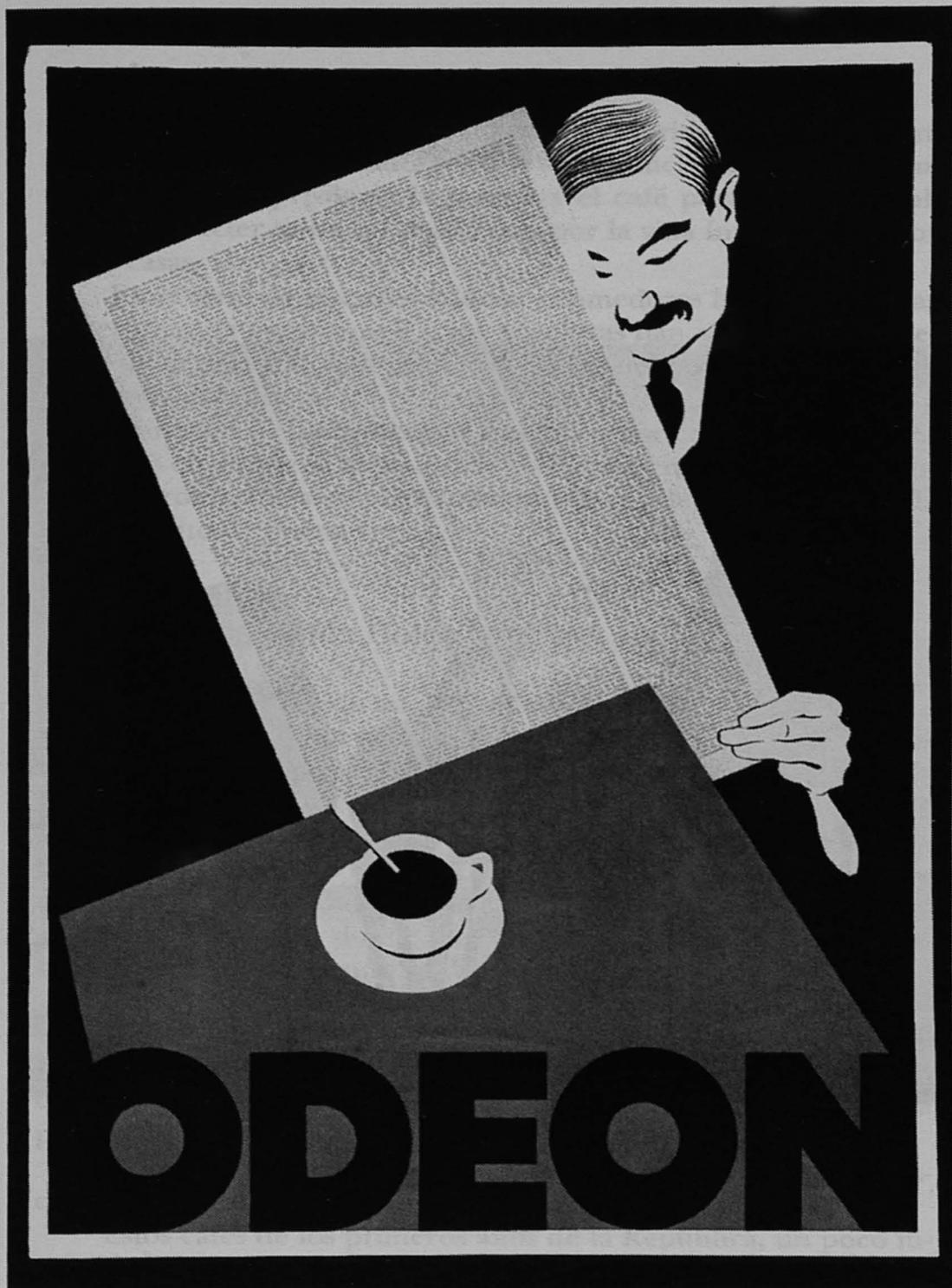
Era una época tan elegante y europea que se construyó en una calle principal de Río de Janeiro el famoso Restaurant Nabucco, decorado íntegramente en el estilo de la ópera de Verdi.

En 1906 se editó en esta Confitería el famoso Anuario Colombo que era una especie de almanaque literario muy leído por los integrantes de las tertulias literarias del Café. Venían recetas, notas de astrología, noticias sociales y páginas literarias escritas por los autores del momento: Coelho Neto, Julia Lopes de Almeida, Guimarães Passos, entre muchos otros.

Aquí también se recibió al escritor Anatole France, en su visita a Río de Janeiro. También estuvo aquí el escritor suizo Blaise Cendrars que tan bien se impregnó de la cultura del Brasil y se relacionó con sus escritores.

La Confitería Colombo –llamada así en recuerdo de Cristóbal Colón– fue el escenario de reunión de todos los intelectuales cariocas de la época, unidos en espíritu a la cultura europea.

Hoy, después de más de un siglo, sigue sorprendiendo por su perfecto estado de conservación y por constituir un hermoso ejemplo de café literario de América Latina.



*Café y lectura de periódico: una combinación ideal.  
Publicidad emblemática del viejo Café Odeón de Zurich,  
según diseño de Hugo Laubi, en 1920.*